



MUJER Y AMOR, ¿DOS CARAS DE UNA MISMA MONEDA?

Estefanía Salazar Alzate

Estudiante del Programa de Psicología
Funlam

Muchos coincidiremos con la idea de que si se piensa en el amor, hablar de la mujer es casi una referencia obligatoria. Si hacemos un recorrido a través de la historia, así como el amor ha tomado diferentes formas, la concepción de mujer se ha visto de igual forma modificada. Según Soler (2004): “La mujer es un invento de la cultura, que cambia de aspecto según las épocas”, es decir que si hablamos de una mujer cultural, ¿podríamos hablar de igual manera de un amor cultural? En este sentido, la historia misma nos ha mostrado como hemos pasado de una mujer símbolo de imperfección, prohibición o maldición (pero igualmente objeto de deseo), a una mujer cómo símbolo de sexualidad y objeto de posesión. Me atrevo a decir entonces, que está misma concepción de mujer repercute también en los diferentes matices y connotaciones que ha tomado el amor a lo largo de la historia de la humanidad.

Comenzando con la antigüedad, remitiéndonos a Grecia, la mujer se ve dividida en tres tipos de funciones: otorgar placer (Trabajo de las cortesanas), otorgar cuidados (por parte de las concubinas) y finalmente el rol de esposa que otorga la descendencia (López, 2011). La mujer entonces se reducía simplemente a un objeto sometido a la satisfacción masculina, a un hombre perfecto del que la imperfección femenina nada podía decir. El hombre, poseía ciertas condiciones y características que estarían estrechamente relacionadas con lo divino, como héroe, como dios, como ser racional, (Saavedra, 2007). Amor y

mujer no estaban estrechamente relacionados, pues bien el amor platónico comúnmente se adjudicaba al encuentro homosexual, la mujer evidentemente era un fin en sí mismo, para conseguir algo que se excluía de esta profunda experiencia. Sin embargo, hay una noción de este momento histórico que en mi opinión puede estar cerca de las concepciones psicoanalíticas y es que, más que amar a un hombre o a una mujer, el amor conllevaba a un amor al saber. Por otro lado, las concepciones platónicas del amor como falta, están, de igual forma, en íntima relación con el pensamiento psicoanalítico: “Platón definió al eros como lo que no tenemos, lo que no somos, lo que nos falta.” (Kreimer, 2005). Por tanto no está lejos de las cuestiones psicoanalíticas dónde el amor es constituido como un falta.

La edad media, por su parte, toma como máximo exponente el cristianismo, el cual propugna la igualdad basada en la semejanza a Dios: “Creó Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios le creó, los creó varón y hembra” (Génesis 1:27). Sin embargo, aparece una contradicción, y es que a pesar de ser iguales, la mujer está en posición de inferioridad con respecto al hombre, pues fue Eva quien salió de la costilla de Adán y no en sentido contrario. (Blanco, 2009). La concepción de mujer, sea noble o campesina, seguía reducida entonces a una función procreadora y de cuidados, sujetas de igual forma a los deseos masculinos. Y aun así, tampoco tan lejos de la antigüedad, considerada como la era del hedonismo y los placeres carnales, la mujer era concebida como símbolo de perversión, tentación, carnalidad, seducción, un objeto peligroso que podía llevar a la perdición, pues sí, nuevamente fue Eva quien dio de comer a Adán del fruto prohibido. Pero esta misma condición tan seductora de la mujer, dio paso al resurgimiento del amor, no como algo acordado, en relaciones de poder según el cristianismo, sino una sensación encarnada en la “magnificencia profunda”:

De modo que en el siglo XII en Francia abundaban los caballeros solteros expulsados de la casa paterna. No era fácil que consiguieran una mujer para unirse en matrimonio, celosos del hermano mayor, que cada tarde se reunía con su esposa, los solteros provocaban innumerables conflictos en la sociedad cortesana. Acosaban al señor feudal, pidiéndole que le diera por mujer a una prima o a una sobrina. Pero el señor feudal no podía casarlos a todos y la mayoría permanecía errante, aguardando la ocasión de seducir a la mujer de otro hombre. Para estos caballeros, mucho de los cuales se convirtieron en trovadores, la hazaña no era la vanagloria sexual sino el enamoramiento de la dama prohibida y el desafío de los terribles castigos del adulterio. (Kreimer, 2005.)

La mujer comienza a alimentar la cultura cortés, que se ve reflejada en la literatura, dónde se exalta el amor, la belleza y demás componentes de esta.

(Solé, 1993). Entonces, en este punto de la historia, surge una nueva concepción de amor y una nueva concepción de mujer. El Amor y la mujer, concebidos como objeto de deseo, objeto prohibido, y el amor sigue constituyéndose como una falta, pero con la connotación de algo precioso.

El siglo XX detona con un germinado feminismo, antecedido por algunos indicios en la ilustración (Pinto, 2003), cómo una forma de darle mayor sentido al papel de la mujer, un momento para dar una nueva concepción a la feminidad, dónde aquello femenino va tomando otros matices, la mujer se va poco a poco imponiendo ante el goce masculino. La mujer comienza a demandar saber, comienza a incomodar al otro para hacerlo producir. Es decir, de cierta forma y sin preverlo, el siglo XX comienza a hacer uso del discurso histórico para cuestionar al amo de la modernidad hasta entonces posicionado.

Finalmente llegamos a la contemporaneidad, época del goce por excelencia, la era del capitalismo que pone el mundo a nuestros pies. Y a pesar de la herencia feminista que se levantaba como una propuesta para darle un giro a la concepción de amor y feminidad, el capitalismo la disfraza en el lema de la mujeres independientes, ahora las mujeres pueden hacer lo que un hombre hace, si así lo desea, y a pesar de esta libertad heredada del siglo XX, con estas características entonces, las mujeres contemporáneas, se ven supeditadas a ser un objeto más del capitalismo salvaje, una mujer que sigue prestándose para la satisfacción del goce masculino, una mujer que necesita sentirse deseada para reafirmar su propia condición. ¿Y qué decir del amor?, de la misma manera en que la mujer se ha visto degradada, el amor también, el capitalismo propugna por la promoción de vínculos amorosos cada vez más efímeros, dónde se tiende a confundir el amor con la pasión. Roxana Kreimer (2005), retoma en su libro, las falacias del amor, el amor desde dos puntos de vista, que puede ayudar a dilucidar lo dicho anteriormente. Esta autora diferencia un amor-pasión (o enamoramiento), de un amor-compañero, el primero lo define como: “Un estado de efervescencia de corta duración, basada en la idealización del otro y en su ausencia.” El segundo no está determinado por el tiempo, y está basado en “querer al otro porque se le conoce”, en disfrutar de su compañía, en sobrellevar los inconvenientes que asaltan a los amantes, y a pesar de que la pasión se haya acabado, no significa que no se ame, ni que desaparezca el deseo sexual.

El capitalismo hace una oda al enamoramiento, se vende el amor como un sinónimo de amor-pasión, dónde este se ve representado en un deseo sexual descontrolado, una mujer perfectamente ajustada a los cánones de belleza, y una necesidad de posesión del otro. Amor y mujer como dos caras de una moneda, dos caras diferentes unidas en un mismo objeto, el goce capitalista. Esta misma concepción contemporánea permite hacer un cuestionamiento, ¿Ama en realidad la mujer contemporánea? Y en este orden de ideas, ¿Es amada la mujer contemporánea?

Podríamos tratar de responder estas cuestiones desde la perspectiva psicoanalítica; Miller (1989) permite citar a Lacan en lógicas de la vida amorosa, para presentar lo siguiente: “Sólo el amor permite al goce condescender al deseo”. Y el mismo agrega: “El goce pulsional no se articula al deseo como deseo del otro, sino a través de amor.”. En este sentido el amor que presenta el capitalismo no va en búsqueda del deseo, más bien sigue la secuencia del goce. Por tanto hablar de amor en la contemporaneidad, no es del todo tan acertado si nos apegamos al discurso capitalista.

Sin embargo, el psicoanálisis propone entonces ubicarse desde un nuevo discurso que permita ir a favor del deseo, Soler (2004) dice: “El histérico, que no busca satisfacer al otro, apunta a un plus de ser. Había que decir entonces: una mujer quiere gozar, la histérica quiere ser. Incluso, exige ser algo para el otro, no un objeto de goce, sino el objeto precioso que sustenta el deseo y el amor.” Y quiero complementar lo anterior dicho citando a Miller (2010) “El amor no es propiamente una cuestión de tener, sino de ser”. ¿De esta forma podríamos decir que una forma de reformular la concepción de amor, es ubicarnos en el discurso histérico antes que ubicarnos en la posición de seres feminizados? “Freud hace ver que el otro en el estado amoroso, está constituido como lugar de la verdad.” (Miller, 1989). Reconocer al otro entonces como lugar de la verdad, permitirá por tanto amar, no como una forma de posesión según los ideales capitalistas, sino como una forma de ser.

Para finalizar no quiero dejar de lado una reflexión para las mujeres contemporáneas. Mujeres, tenemos todo para enamorar, la imagen de la mujer perfecta ofrecida por el capitalismo, no es más que una utopía, si fuese así, el

hombre no se enamoraría, un hombre no se enamora de la perfección, justamente se enamora de una mujer en falta.

Referencias

- Blanco, C. F. (2009). La mujer en la literatura de la edad media: ¿Un reflejo de una sociedad misógena? *Revista universidad de córdoba* .
- González, W. A. (2003). Historia del feminismo. *Revista de la Universidad Autónoma de Yucatán* (225), 30-45.
- Kreimer, R. (2005). *Falacias del amor*. Buenos aire, Argentina: Paidós.
- López, A. (2011). *Historia de las mujeres*. Obtenido de <http://www.corpozuleta.org/formacion-57/historiamujeres/144-la-mujer-en-la-antiguedad>
- Mayorca, J. J. (2007). Las ideas sobre el hombre en la grecia antigua. *Revista de la facultad de ciencias económicas: Investigación y reflexión* , 213-234.
- Miller, J.-A. (2010). *Conferencias Porteñas. Tomo II*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Miller, J.-A. (1989). *Lógicas de la vida amorosa*. Buenos Aires, Argentina: Manantial.
- Solé, G. (1993). La mujer en la edad media: Una aproximación histográfica. *Anuario Filosófico* , 653-670.
- Soler, C. (2004). *Lo que decía Lacan de las mujeres*. Medellín, Colombia: No todo.